

Jaime Ferri Durá\*

**Judt, Tony:**  
***Algo va mal***  
**(Título original: *Ill Fares the Land*)**  
Traducción de Belén Urrutía.  
Ed. Taurus, Madrid, 2011, 220 pp.

Según cuenta el autor, hacia el final de la obra reseñada, el origen de la misma está en una conferencia que impartió en Nueva York en 2009 y en un artículo publicado en diciembre de ese año en *New York Review of Books*, del que menciona que recibió una reflexiva crítica que, entre otras cosas, decía: «Lo más asombroso de lo que escribe —en referencia a su artículo— no es tanto el contenido como la forma; afirma que le indigna nuestro conformismo político; defiende la necesidad de disentir de nuestra forma de pensar guiada por la economía, la urgencia de una vuelta a la conversación pública imbuida de ética. Ya nadie habla así»; a lo que nuestro autor añade: «Esa es la razón de este libro» (p. 24). Probablemente, para la elaboración y publicación del texto también influiría la pregunta que al final de la conferencia mencionada, según nos cuenta, le plantea un niño de doce años (*sic*), en las palabras de T. Judt: «Bien, pero si tienes una conversación cotidiana o incluso un debate sobre algunos de estos problemas —a los que alude el libro— y se menciona la palabra «socialismo», a veces es como si hubiera caído una losa sobre la conversación y no hay forma de retomarla como antes. ¿Qué recomendaría para restablecerla?» (p. 211).

Obviamente la «losa» es distinta en según qué lugares del mundo, en Estados Unidos las alusiones al socialismo pueden producir un silencio embarazoso, pero no en la mayor parte de Europa, o en América Latina; y es que el «socialismo», según explica Tony Judt, es una idea del siglo XIX con una historia del siglo XX que supone un obstáculo insuperable —la Unión Soviética y la mayoría de sus adláteres se definían como «socialistas» y ningún argumento

---

\* Profesor Titular del Departamento de Ciencia Política y de la Administración II, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

(«no era verdadero socialismo») puede soslayar este hecho—. Y por las mismas razones el marxismo está manchado de forma irreversible por su herencia.

Pero, como también afirma el autor, hay una diferencia significativa entre «socialismo» y «socialdemocracia». El socialismo buscaba el desplazamiento del capitalismo por un régimen basado en un sistema de producción y propiedad completamente distinto. Por el contrario, la socialdemocracia representaba un compromiso: implicaba la aceptación del capitalismo —y de la democracia parlamentaria— como marco en el que se atenderían los intereses de amplios sectores de la población que hasta entonces habían sido ignorados. Y de ahí surge la compleja pregunta, no directamente explicitada, a la que pretende responder a lo largo de toda la obra: ¿Por qué la socialdemocracia ha dejado de ser —hasta cierto punto— una alternativa al neoliberalismo triunfante, y ello a pesar de la creciente desigualdad y pobreza que acarrea? De hecho, en parte ese es el título de la conferencia citada: «Qué está vivo y qué está muerto en la socialdemocracia». Para responder a la cuestión nuestro autor elabora un conjunto de respuestas basadas en una argumentada explicación de la reciente historia de Occidente, sobre todo, de Inglaterra y Estados Unidos; los países en los que Tony Judt se forma y desarrolla su carrera académica.

Nacido en Londres y educado en Cambridge, hijo de emigrantes judíos, se asentó profesionalmente, a finales de los años ochenta, como catedrático de Estudios Europeos en la Universidad de Nueva York y como valorado «polemista público», habiendo publicado, entre otras obras que rebasan el marco académico, *Reappraisals (Sobre el olvidado siglo XX)*, Madrid, Taurus, 2008), colección de ensayos que servía de complemento a *Postwar (Postguerra)*, Madrid, Taurus, 2006), magistral historia de Europa desde 1945. Pero, cuando más activo se encontraba intelectualmente, le fue diagnosticada una fatal enfermedad que le condenaba a una progresiva parálisis física a la que supo hacer frente, mientras vivió, continuando con su labor investigadora; fruto de ella es el texto que se reseña para cuya elaboración tuvo que contar con la ayuda de su familia, de algunos de sus alumnos y colegas. Posteriormente, gracias a la labor de minucioso entrevistador desarrollada por el también historiador, Timothy Snyder —autor de la reconocida *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*, 2010 (*Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011)—, consigue editar junto a este: *Thinking the Twentieth Century (Pensar el siglo XX)*, Madrid, Taurus, 2012). Las obras citadas, junto a otras que sería prolijo enumerar, constituyen un verdadero referente tanto por su claridad expositiva como por su sistemática y rigor sobre cuestiones, además, que nos afectan directamente en la actualidad, en particular en la comentada *Algo va mal*.

En la misma, inicia su relato aludiendo a la perplejidad («Guía para perplejos» es como se titula la Introducción) que provoca la situación a la que no has conducido el «pequeño» crac de 2008; pues ya no nos preguntamos —razona— si una norma, por ejemplo, es legítima, es justa, correcta, dado el espíritu materialista y egoísta que se ha instalado que actúa para que sepamos lo que cuestan las cosas, pero que también hace que no conozcamos lo que valen. Y

además «parecemos incapaces de imaginar alternativas» (p. 18), entre otras razones, hilando su argumentación, porque «Hoy los socialdemócratas están a la defensiva y tratan de excusarse... Y, sin embargo, el Estado de bienestar no ha perdido ni un ápice de popularidad entre sus beneficiarios; en ningún país de Europa ha votado el electorado a favor de acabar con la sanidad pública y la educación gratuita o subvencionada...» (p. 21). Si a principios de siglo «el consenso de Washington» había ganado la batalla, en todas partes había un economista o «experto» que exponía las virtudes de la desregulación, el estado mínimo y la baja tributación; ahora, para evitar al menos las bancarrotas nacionales y el derrumbamiento del sistema bancario, se ha producido un tímido despertar de las ideas de John M. Keynes. Aunque no se trate de una revolución, sí ponen de manifiesto, según nuestro autor, «la necesidad práctica de Estados fuertes y gobiernos intervencionistas». Aunque «nadie esté *repensando* el Estado, sigue habiendo una marcada renuencia a defender el sector público en nombre del interés colectivo o por principio» (p. 23). Y nos corresponde a nosotros, afirma, volver a concebir el papel del gobierno. Si no lo hacemos, otros lo harán.

Y para ello, lo primero que propone es observar «Como vivimos ahora» (Título del cap. I), si bien antes afirma: «Desde finales del siglo XIX hasta la década de 1970, las sociedades avanzadas de Occidente se volvieron cada vez menos desiguales. Gracias a la tributación progresiva, los subsidios del gobierno para los necesitados, la provisión de servicios sociales y garantías contra situaciones de crisis, las democracias modernas se estaban desprendiendo de sus extremos de riqueza y pobreza» (p. 26). Pero: «En los últimos treinta años hemos arrojado todo esto por la borda... Los mayores extremos de privilegios privados e indiferencia pública han vuelto a aflorar en Estados Unidos y en el Reino Unido, epicentros del entusiasmo por el capitalismo de mercado desregulado» (p. 27). Y ofrece numerosos datos, estadísticas, para corroborar las precedentes afirmaciones también referidas a los principales países occidentales. Extrayendo las consecuencias lógicas, como que la desigualdad económica exacerba los problemas, desde la confianza y su carencia, a la ausencia de movilidad intergeneracional, aludiendo también a que los pobres siguen siendo pobres, lo que se traduce en mala salud, oportunidades educativas perdidas y los síntomas habituales de la depresión: alcoholismo, obesidad, juego y delitos menores. Señalando que no importa lo rico que sea un país, sino lo desigual que sea. E indicando cómo toda esa situación provoca algún tipo de «Sentimientos corruptos» (p. 34), que es como denomina el apartado que se inicia, con una explicación poderosa, según se cita, dada por León Tolstoi en *Ana Karenina*: «*No hay condiciones de vida a las que un hombre no pueda acostumbrarse, especialmente si ve que a su alrededor todos las aceptan*». Y, a partir de ahí realiza un repaso del pensamiento de Adam Smith en relación al tema, citando también a Charles Dickens, poniendo de manifiesto los paralelismos con la actualidad, por ejemplo los llamados, ahora, «gorriones del Estado del bienestar» son los «hospicianos» que aparecen en *Oliver Twist*. Pero que los reformadores, en distintos momentos según cada lugar, durante los siguién-

tes 150 años, consiguieron ir estableciendo la provisión pública de asistencia como un *derecho*.

Si bien, «Hemos vuelto al mundo frío y duro de la racionalidad económica ilustrada, cuyo primer y mejor exponente fue el ensayo sobre economía política que Bernard Mandeville escribió en 1732, *La fábula de las abejas*. Los trabajadores, en opinión de Mandeville —cita— «no tienen nada que les induzca a ser útiles más que sus necesidades, que es prudente mitigar, pero absurdo eliminar» Tony Blair no podría haberlo dicho mejor» (p. 39). Según afirma, por el contrario, «Devolver el orgullo y la autoestima a los perdedores de la sociedad fue una plataforma central de las reformas sociales que marcaron el progreso del siglo xx. Hoy les hemos dado la espalda de nuevo» (p. 40). ¿Por qué? La misma cuestión a la que ya aludiera William Beveridge, el autor del informe que en 1942 sentó las bases del Estado de bienestar británico, como cita el autor, «¿por qué la filosofía política había sido oscurecida —hoy como ayer— en los debates públicos por la economía clásica?». De ahí que el comportamiento humano se describa en términos de «elección racional». Y no todo es economía, en síntesis afirma, no todo es maximización de beneficios, economicismo; es más, «la naturaleza de la competencia económica implica que el participante que rompe las leyes triunfa —al menos a corto plazo— sobre sus competidores con más sensibilidad ética» (p. 49). Pero ¿cómo ha podido permanecer este sistema de acuerdos económicos potencialmente autodestructivos?, se pregunta a continuación; y responde: «Probablemente por los hábitos de contención, honestidad y moderación que acompañaron a su aparición» (p. 49). En todo caso, ahora estamos ante una generación obsesionada con la búsqueda de riqueza e indiferente a tantas otras cosas. ¿Cómo enmendar? Quizá, responde, recordando el tiempo en que organizábamos nuestras vidas de otra forma: «El mundo perdido», que constituye el tema de reflexión del capítulo siguiente.

En éste se alude al «consenso keynesiano», trabado a partir de la paradoja de que el capitalismo fuera salvado —de hecho, que prosperara durante las décadas siguientes— gracias a las transformaciones que, en su momento (y desde entonces), se identificaron con el socialismo, consenso debatido con argumentos que adquirieron un tono *moral* que lograron unir a fuerzas muy divergentes en numerosos países, donde todos creían en el Estado. Aquí los conocimientos, no sólo históricos de Tony Judt, se muestran con mayor claridad, pues van desde el New Deal hasta las socialdemocracias de media Europa, llegando hasta la Checoslovaquia anterior al golpe comunista de 1946, observando las diferentes implicaciones que la variada construcción del Estado de Bienestar tuvo en cada lugar; preguntándose ¿Por qué funcionó tan bien?

Aludiendo a la regulación del mercado como explicación, aprendida viene a decir, a partir de las necesidades impuestas por las dos grandes Guerras, particularmente la segunda, cuando: «Con independencia de su color político, los Estados combatientes —explica— movilizaron, regularon, dirigieron, planificaron y administraron cada aspecto de la vida» (p. 63). Entre otras razones porque «En aquellos años no se consideraba muy en serio la posibilidad de que el Estado se excediera en su intervención y perjudicara al mercado. Desde la

institución de Fondo Monetario Internacional y un Banco Mundial (...), hasta los mecanismos de compensación internacionales, los controles de divisas, las regulaciones salariales y los precios límite indicativos, el énfasis se ponía más bien en la necesidad de neutralizar las evidentes deficiencias de los mercados» (p. 67). Y del mismo modo, «unos tramos impositivos en marcada progresión se veían como un recurso consensuado para obtener recursos excedentes de los privilegiados e indolentes y ponerlos a disposición de quienes más los necesitaban o podían utilizarlos mejor» (p. 68). La explicación para que todo esto pudiera producirse, en resumen según nuestro autor, está en los sentimientos de comunidad, en la mutua confianza social, en la cooperación. Todo ello lleva a que «tras la II Guerra Mundial, el gasto social, que no dejó de aumentar hasta 1980 aproximadamente, se convirtió en la principal responsabilidad presupuestaria de los Estados modernos» (p. 82). Citando, para reafirmar su conocimiento, a Ralf Dahrendorf cuando afirma: «en muchos aspectos, el consenso socialdemócrata significa el mayor progreso que la historia ha visto hasta el momento. Nunca habían tenido tantas personas tantas oportunidades vitales».

Sin embargo, algunos, a principios de la década de 1970, empiezan a hablar de los peligros que el sistema suponía, como el posible desequilibrio entre el gasto y los ingresos públicos a medida que envejece la generación del *baby boom* y aumentaba la factura de las pensiones. Como afirma el propio T. Judt, «los costes institucionales de legislar la justicia social en tantas esferas de la actividad humana eran necesariamente considerables; el acceso a la educación superior, la provisión pública de asistencia legal a los indigentes y las subvenciones a las artes tenían un precio». Lo que explicaría, según nuestro autor, «una cierta pérdida de confianza por parte de élite administrativa», pero puede aclarar «la transición radical en actitudes y expectativas que ha marcado nuestra época. Una cosa es temer que un buen sistema no puede mantenerse y otra muy distinta perder la fe en el sistema» (p. 84).

En «La insoportable levedad de la política», título del capítulo 3, comienza repasando algunas de las derivas que la izquierda ha ido adoptando en los últimos tiempos, entre otras, explica que «la política de los sesenta desembocó en un agregado de reivindicaciones individuales a la sociedad y el Estado. La «identidad» empezó a colonizar el discurso público: la identidad individual, la identidad sexual, la identidad cultural. Desde ahí sólo mediaba un pequeño paso para la fragmentación de la política radical y su metamorfosis en multiculturalismo... —y sigue—. Con independencia de lo legítimas que sean las reivindicaciones de los individuos y de lo importantes que sean sus derechos, darles prioridad tiene un precio inevitable: se debilita el sentido de un propósito común» (p. 91). Así, en resumen, se fue rompiendo el consenso implícito de las décadas de posguerra y, desde entonces, «estaba empezando a surgir un nuevo consenso decididamente antinatural, en torno a la primacía de los intereses individuales. Los jóvenes radicales nunca habían descrito sus fines de esa manera, pero fue la distinción entre las valiosas libertades individuales y los irritantes constreñimientos públicos lo que más tocaba sus emociones.

Irónicamente, esta misma distinción es lo que también definía a la nueva derecha que estaba surgiendo» (p. 94).

Esa derecha es revisada, en su pensamiento, pasando por Friederich Hayek, Ludwig von Mises, Isaiah Berlin, Raymond Aron o Sidney Hook, también Karl Popper y Peter Druker; y en su acción, aludiendo a B. Goldwater, E. Heath, entre otros, hasta llegar a R. Reagan y a M. Thatcher, de quien se cita la famosa frase: «La sociedad no existe, sólo hay individuos y familias», que permitía considerar que el Gobierno ya no era la solución, sino el problema; y que también permite pensar que el papel del Estado ha de volver a ser el de mero «facilitador». Y en el plano de los hechos, siguiendo a nuestro autor, «Hemos presenciado un traspaso continuado de la responsabilidad pública al sector privado sin que ello haya representado ninguna ventaja colectiva evidente. Al contrario de lo que pretenden el mito popular y la teoría económica, la privatización es *ineficiente* (p. 110). Y aún se muestra más contundente: «La única razón para que los inversores privados estén dispuestos a adquirir bienes públicos que en apariencia son ineficientes es que el Estado elimina o reduce su exposición al riesgo» (p. 111). Y las consecuencias a las que alude nuestro autor son numerosas y siempre obran en la misma dirección: «... la dificultad creciente para comprender qué tenemos en común con los demás» lo que llega a provocar «el déficit democrático» de nuestras sociedades, en las que hay poca participación política, degradación del espacio público, desmovilización; aspectos que Judt desgrana, pormenorizadamente, exponiendo hechos, aportando datos, citando a los políticos actuales que también son producto de aquellos años sesenta, de N. Sakorzy a Bill y Hillary Clinton, Tony Blair y Gordon Brown, pasando por A.F. Rasmussen, sin librarse ni S. Royal, ni M. Aubry, o H. van Rompuy, a quienes cita como contraste llamativo con los estadistas de la generación de la II Guerra Mundial. De los más recientes afirma: «No transmiten ni convicción ni autoridad» (p. 132).

En definitiva, según nuestro autor: «Nos hemos convertido en consumidores no sólo en nuestra vida económica, sino también en la política: al escoger entre una amplia gama de objetivos rivales nos resulta difícil imaginar formas o razones para combinarlos en un conjunto coherente» (p. 133). A ello también ha contribuido, explica en el capítulo siguiente, donde el primer apartado es «1989 y el final de la izquierda», en el que se expone como la caída del comunismo arrastra a toda la izquierda, pues toda ella estaba imbuida de la idea que la historia avanzaba en un sentido progresivo, y «en la Europa de hoy los socialdemócratas no tienen nada distintivo que ofrecer... El problema actual radica no en la política socialdemócrata, sino en su lenguaje agotado. Al haberse extinguido el desafío autoritario de la izquierda, el énfasis en la democracia es en buena medida superfluo. Hoy todos somos demócratas» (p. 140). Pero, con el poscomunismo observamos que «En gran medida, los dilemas y deficiencias del Estado del bienestar son consecuencia de la pusilanimidad política más que de la incoherencia económica» (p. 146). Y después de más veinte años «sabemos por experiencia que la política, como la naturaleza, aborrece el vacío.

Después de veinte años desperdiciados, ha llegado el momento de comenzar de nuevo. ¿Qué hacer?» (p. 149).

Quizá el capítulo donde se supone que responderá a la última cuestión planteada, en el que cabía esperar una serie de propuestas de actuación, más o menos, coherentes y articuladas, nos encontramos con una directa y abierta reivindicación de la política, en su sentido más noble. Por de pronto: «Necesitamos personas que hagan una virtud de oponerse a la opinión mayoritaria» (p. 151), pues «El problema no es si estamos de acuerdo o no con un acto legislativo determinado, sino la forma en que debatimos nuestros intereses comunes» (p. 154); ya que «Tenemos que volver a aprender cómo criticar a quienes nos gobiernan. Pero para hacerlo con credibilidad hemos de liberarnos del círculo de conformidad en el que tanto ellos como nosotros estamos atrapados» (p. 156). «Las instituciones de la república han sido degradadas, sobre todo por el dinero. Peor todavía el lenguaje de la propia política se ha vaciado de sustancia y significado» (p. 160). Y de una manera más concreta: «todos queremos lo mismo y que lo único que varía un poco es la forma de conseguirlo...Esto es simplemente falso. Los ricos no quieren lo mismo que los pobres. Los que se ganan la vida con su trabajo no quieren lo mismo que los que viven de dividendos e inversiones» (p. 162). Quizá la propuesta más específica que hace sea la de reducir la desigualdad. Pues «En condiciones de una desigualdad endémica resulta difícil alcanzar todas las demás metas deseables» (p. 175).

En definitiva, y con ello podríamos concluir: «La socialdemocracia no representa un futuro ideal; ni siquiera representa un pasado ideal. Pero es la mejor de las opciones que tenemos hoy» (p. 210). Con lo que parece que se responde, después de todo el recorrido realizado, a la cuestión planteada al principio; otra cosa será lo que nos depare el siempre incierto futuro.